

tación de «Star Dust», nos da, como digo en un principio, una muestra palpable, real e inequívoca del buen Jazz.

Es aconsejable este disco, máxime cuando reúne todas las condiciones que puede apetecer un aficionado a la vibrada y sencilla música de jazz.

DUKE

Gerona, Julio 1947

El «Jazz» como filosofía musical

Una cosa es el «descubrimiento» del jazz, y otra, muy distinta, su «existencia», anterior a aquél. Los comienzos del jazz —ese paso del «ragtime» al «fox»— aunque poco claros, prefijan una fecha unida a la guerra del 14 18. Sin embargo ¿dejaba de existir este «nuevo mundo musical» porque *todavía* no se le hubiera descubierto? Nosotros creemos que el jazz, ha existido siempre; y es más: no desaparecerá nunca. Quizá—lo más seguro— cambie de nombre. Pero la cosa fundamental que obliga al músico a «hacer jazz»—es decir, a volcar su alma en improvisación o emoción con un tema melódico de su agrado—, esa especial característica, repetimos, va unida indisolublemente al temperamento creativo de todo artista. Esta filosofía o «manera de ser» o «forma de expresión» ha coexistido en todas las épocas, especialmente en aquellas que necesitaban una amplia libertad de ideas y movimientos. Muchos veces, releendo las vidas de los músicos célebres, nos hemos dicho: «¡He aquí un gran temperamento—apasionado, sincero, emotivo—que, sin él saberlo, *hacia jazz* en su tiempo!» ¿Por qué no? Nuevamente hablamos del jazz como filosofía de la vida, como prisma a través

del cual, poder contemplar los fenómenos de nuestro alrededor. Y si el jazz no floreció antes, tal como ahora lo conocemos, fué sin duda, a carecer de potencia con que romper el grueso caparazón de los convencionalismos sociales con que se debatía el mundo en siglos pasados. Hoy, con nuestras ansias de respirar a todo pulmón, el jazz ha roto la cutícula de las formas y maneras clásicas para dárse nos íntegro y totalmente, sin tapujos ni trabas.

Muchos, al analizar estos hechos, hablan de que el hombre ha descendido en espiritualidad. Creemos que no. Sencillamente no hacemos sino manifestar, en la vida y en el arte, la época en que vivimos. Digamos una vez más, que sería absurdo pretender encarrilar a nuestro yo actual por los caminos, ya superados y colmados, que otros músicos recorrieron. Cuando existen estas «sonatas» y «sinfonías», tan maravillosas ¿hemos de anquilosarnos, diciendo: «¡Seguid por esa senda *imitando* a esos artistas, realizando más sinfonías y más sonatas!»...? ¿Puede haber *superación* en ésto? No. Sencillamente, hay que buscar nuevos derroteros, indagar nuevas trayectorias, descubrir fórmulas musicales que den pauta y norma a nuestras almas siglo xx.

Y aquí es cuando el jazz, tiene su papel bien definido. Cuando su misión a cumplir adquiere preponderancia. Cuando se trueca en el punto de partida que nos hará descubrir nuevos horizontes musicales. Un claro ejemplo que nos confirma en cuanto decimos, es la suite negra de Duke Ellington: «Black, Brown and Beige», recientemente escuchada. Algo maravilloso. Música *viva* de nuestro siglo. Jazz—¿por qué no sinfónico *de*